

—Son de Diego Rivera —me dice Estrada.

Diego Rivera, el mejor pintor americano, que trabajó diez años en París, está cubriendo México con sus pinturas. ¡Qué pinturas las suyas! Este hombre fuerte que se precia de no ser más que un artesano (a quien no pude visitar porque acababa de sufrir una caída de un andamio y se encontraba entonces entre la vida y la muerte, ahora, felizmente, está fuera de peligro), ha llenado sus muros con grandes composiciones emotivas que representan escenas populares, ceremonias indígenas y cultos paganos, con una alegría de vivir, con una embriaguez decorativa, un amor a la patria y a sus hermosas mujeres y a los indígenas de los campos —obreros negros, cuerpos de piel roja dentro de trajes de estalladora blanca— en cuadros ingenuos de los cuales tal vez no se encuentra en este momento equivalente en Europa. Es verdad que Gauguin y Maurice Denis y, sobre todo, Seurat, han pasado por ellos y que sus lecciones no han sido inútiles. ¡Rivera ha sabido conservar a través de estos pintores, intacta, su personalidad! A pesar de las influencias literarias y políticas —pacifismo, hoz y martillo, “barbussismo” pictórico— que nada añaden a su originalidad, ¡qué bella afirmación de arte y qué optimismo en la obra de Diego Rivera!

Felicitaré en seguida al Secretario de Educación Pública, que tan orgulloso está de la decoración de su edificio.

—¿Cómo es posible —le pregunto— que en México se confíe la decoración entera de un edificio a un artista tan joven, audaz y lleno de inteligencia?

—Porque hemos suprimido las distinciones honoríficas —me responde— y porque aún no tenemos Instituto.

Bonos mexicanos



Thomas De Quincey

Esta nota apareció el 22 de septiembre de 1827 en las páginas de *The Edinburgh Saturday Post*. Una semana antes, en esta misma publicación se dio a conocer “un cierto pánico entre los tenedores de bonos mexicanos” en Londres, tras anunciarse que la “agencia del gobierno mexicano iba a pasar de los Sres. Baring & Co.” a una correduría

menos respetable. Esto, combinado con otros desarrollos, causó “serias dudas” sobre la intención de México de pagar los dividendos que se vencían el primero de octubre. Las “ventas fueron grandes y generales”, pues numerosos inversionistas vendieron con pérdida bonos mexicanos, “bajo la decidida impresión de que lo prudente, en estas circunstancias, era realizar este sacrificio”. Algunos inversionistas se quedaron con sus bonos, con la esperanza de que México solicitaría “un nuevo préstamo” para enfrentar “el pago de los dividendos” y otras obligaciones legales. No sucedió así y el valor de los bonos se derrumbó. La nota se tomó del quinto volumen de *The Works of Thomas De Quincey. Articles from The Edinburgh Saturday Post 1827-1828*, editado por David Groves, Londres, Pickering & Chatto, 2000, pp. 72 y 73. Nota y traducción de Antonio Saborit.

En el Viejo Mundo existe un prejuicio proverbial según el cual “la mejor política es la honestidad”; por el bien general del Nuevo Mundo, nos daría gusto que se descubriera que esta noción pudiera estar equivocada.

Acaba de estallar la más reciente burbuja sudamericana y el honor republicano hoy se encuentra con una tremenda desestimación en los mercados de Europa. El sábado pasado, el ministro mexicano [Vicente Rocafuerte] dio a conocer oficialmente que no se habrían de pagar los dividendos de octubre. La alarma y la sospecha habían circulado intensamente un día antes, y, tras esta notificación, los bonos mexicanos se depreciaron rápidamente, hasta quedar en un 33 por ciento menos, o incluso más abajo. El 6 por ciento anteriormente había estado al 66, o por ahí, y en tres días bajaron hasta un 45; hasta donde sabemos, más abajo.

Estos jóvenes estados trasatlánticos han empezado pareciéndose mucho a la manera en la que han de acabar los antiguos con los que contamos de este lado del charco: con una bancarrota fraudulenta; han sembrado sus esperanzas infantiles en la bellaquería; será una suerte si son recompensados con honor. En el Viejo Mundo existe un prejuicio proverbial según el cual “la mejor política es la honestidad”; por el bien general del Nuevo Mundo, nos daría gusto que se descubriera que esta noción pudiera estar equivocada.

Sin embargo, muchas personas siguen abrigando la esperanza de que al final todo salga bien. De corazón deseamos que así sea; pero tememos que estos republicanos hayan leído mucho sobre Rómulo y Remo, y que sean de la opinión de que se trata de un auspicioso principio para una joven mancomunidad empezar con rateros y ladrones. Un diario matutino sugirió una reunión pública de los poseedores de bonos y que el Sr. Rocafuerte asista y explique la naturaleza de esas pequeñas “circunstancias accidentales” (como él las llamó) que impiden el pago de los dividendos. ¿Pero con qué fin? Sin embargo, algunas personas, al parecer, siguen prendidas a la creencia

de que los Sres. Baring, o el Sr. Rocafuerte, cuentan con una reserva disponible de efectivo para arreglar este asunto.

Cuando Sir John Falstaff, en su desgracia, fue llamado por el Sr. Juez Shallow para que le devolviera sus mil libras, el caballero se esmeró en persuadir a su ingenuo acreedor de que la conducta pública del rey hacia él no era más que “so color de fingimiento”. “No os dé cuidado”, dijo, “me mandará a buscar para entretenerle en privado”. Y en este momento muchos infelices tenedores de bonos se engañan con que los mandarían buscar para que el Sr. Rocafuerte los entretenga “en privado”. Y sin embargo, hasta el Sr. Juez Shallow fue capaz de ver a través de *eso*. “¡Un color de fingimiento, sir John! ¿Lo llama usted un color? Un color que temo muráis con él, sir John”.

